

## Extensiones del alma<sup>2</sup>

Tatiana Oroño

### Tatiana Oroño

Poeta. Ensayista. Crítica. Curadora. Profesora de Literatura egresada del IPA (1973). Destituida durante la dictadura cívico militar. Profesora de Lengua y Literatura Españolas (Diploma AECI - ICI, Madrid, 1992). Completó y aprobó cursos de Maestría en Literatura Latinoamericana (FHCE, UDELAR, 2001-2003). Investigadora Asociada a la Academia Nacional de Letras (ANL). Su obra ha sido incluida en el Programa Oficial de Literatura, 1° Bachillerato (2006). Jurado en concursos oficiales de Poesía, Artes Visuales, Proyectos editoriales (MEC; IMM). Representó a Uruguay en festivales y ferias internacionales. Co traductora de Reflexiones sobre la poesía, de Armino Trevisan (Montevideo, Monteverde, 1998; México, Plaza y Valdés, 2004). Co organizadora del Primer Encuentro de Literatura Uruguay de Mujeres (Montevideo, 2003).

Premios Bartolomé Hidalgo (2009) y Juan José Morosoli (2009). Mención Poesía Premios Nacionales de Literatura (2016). Finalista Premio Bartolomé Hidalgo (2017).

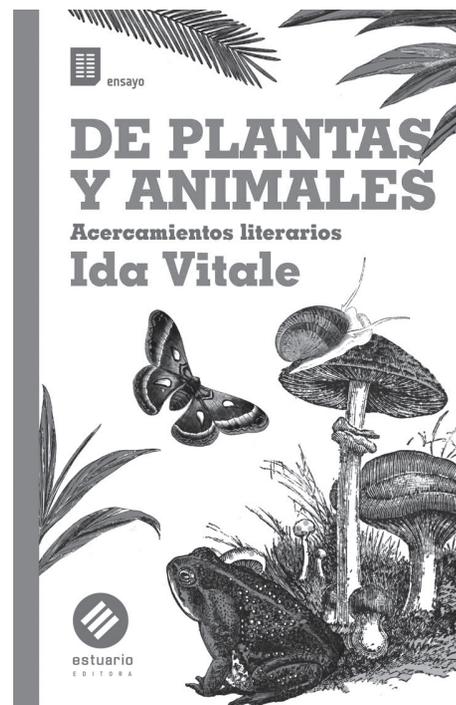
Editorial Lisboa (Buenos Aires) acaba de lanzar reedición de El alfabeto verde (Ediciones de la Balanza, Montevideo, 1979).

Publicaciones en Argentina, Bélgica, Brasil, Canadá, Colombia, Chile, Cuba, El Salvador, España, EE.UU., Francia, Holanda, México, Panamá, República Dominicana, Reino Unido.

Traducida al francés, inglés, italiano, portugués.

A este libro cabe aplicarle, siguiendo el talante coral que lo inflexiona, el juicio expresado alguna vez por Antonio Candido a propósito de una célebre novela brasileña<sup>3</sup>. Como en aquellas, en estas páginas puede reconocerse “una capacidad prodigiosa de observación e información”. Es este un libro coral donde resuenan muchas voces, no solo humanas –se escucha la voz del colibrí, el canto de amor de las ballenas, el lenguaje de perros y gatos– además del fluir nítido de la voz autoral que va componiendo una trama dialógica con obras, literarias o no –pasadas, presentes– en la intersección de situaciones colectivas y personales frente a las cuales se impone el juicio bioético, la consideración del estado de las cosas del mundo donde la sociedad humana viene dislocando su relación con la naturaleza. Un libro que puede considerarse alegato contra de la irresponsabilidad hacia los “milenarios esquemas naturales” y a favor de un giro (o un vuelco) vivencial/mental en la comunidad de los lectores.

Haeckel formuló en 1866 el concepto de *oecología* y se ha requerido más de un siglo y cuarto para que lleguemos al punto en que estamos. [...] son pocos [...] quienes son conscientes de que el planeta va veloz a un desastre que abrumará a nuestros nietos. La noción de *biocenosis*, con-



junto de seres vivos que viven en común en un lugar dado, no llegó a formar parte del ámbito mental del hombre del siglo XX. (27)

La obra se publicó en 2003 y yo no la hubiera leído si no hubiera sido por la reedición que ofrece Martín Fernández. Gracias por ella. El planeta efectivamente se ha precipitado, veloz desde entonces, en circunstancias sin duda más graves que las que se vivían hace dieciséis años. Hay mucho más especies amenazadas, y extintas muchas más de las que habitaban entonces. Hace dieciséis años no se había oído hablar por aquí de colonias de cianobacterias: este verano invadieron nuestras playas. En consecuencia, por esta aunque no solo por esta circunstancia, *De plantas y animales* es un libro necesario. Es también necesario por su escritura, por la irradiación del modelo maestro de oficio intelectual que propone en el campo de las operaciones del lenguaje, en el universo de la lengua escrita que este libro enaltece. Un libro necesario porque honra a la naturaleza, a la lengua escrita y sus usuarios. Es decir: honra naturaleza y cultura. Esa es la convicción –vecina a la deliberación, quizás, o a la fe– que sostiene la escritura y de la cual se apropia la lectura.

Gracias además a Lucía Boiani por el diseño de tapas y solapas (que a su modo también honra a una exquisita tradición finisecular de ilustradoras inglesas) donde ella hizo lugar a algunas de las más pequeñas criaturas del reino amenazado: sapo, caracol, loro, saltamontes, mariposa; hongos, helechos, pastos.

Dice la autora que “una inolvidable manifestación de gratitud” se la ofreció un caballo y da cuenta de ello en el episodio que transcribo:

Vivimos algunos años en una pequeña casa en Punta Gorda frente a los límites de un parque hipotético. [...] Un arroyo mínimo manaba de una fuente y corría hacia el mar entre eucaliptos. En otro país, esa breve belleza natural habría sido respetada y aprovechada en su modestia. [...] Pero allí, cortada por construcciones y calles, desaparecía. [...] Jurábamos que si la asfaltaban [a la calle de arena y piedras] y el lugar se *normalizaba*, nos iríamos. La poda constante de los eucaliptos provocaba igual deseo. [...] Llegó el verano y alguien empezó a llevar por las tardes a un par de pobres caballos. [...] A la una los ataba en un resto de sombra y al poco rato estaban en pleno sol. Un día de especial calor, imaginando su segura sed, cruzamos con un balde de agua. Viéndolos acercarse a beber con ansia supimos que teníamos una nueva tarea. Varios días después, habiendo ya bebido los caballos y mientras miraba para otro lado distraída, sentí un roce en el brazo: un belfo pellizcaba la manga de mi blusa, con inimaginable delicadeza, uno de ellos retribuía así el agua y las palmadas en el cuello con un gesto tan asombroso como si se me hubiese

acercado trayéndome una flor en la boca. [...] En homenaje a todos los caballos victimados debe aparecer aquí uno de los más hermosos poemas que se les haya dedicado. *Aparición urbana*, escrito por alguien que los amaba, el argentino Oliverio Gironde:

¿Surgió de bajo tierra?  
¿Se desprendió del cielo?  
Estaba entre los ruidos  
herido,  
malherido,  
inmóvil,  
en silencio, hincado ante la tarde,  
ante lo inevitable,  
las venas adheridas  
al espanto;  
al asfalto,  
con sus crenchas caídas,  
con sus ojos de santo,  
todo, todo desnudo,  
casi azul, de tan blanco.  
Hablaban de un caballo.  
Yo creo que era un ángel. (113-115)

Este fragmento puede oficiar como una buena sinopsis del libro: ilustra la insensibilidad vulgar opuesta a la actitud sensible que obtiene respuesta del animal (correspondencia psíquica, diálogo corporal), más una coda que extiende en poesía la virtualidad del diálogo: Oliverio Gironde habla de y por el animal, para sí y también para los demás. Ida lo hace hablar por ella.

*De plantas y animales* despliega su talante ensayístico nutrido de materia autobiográfica. Esto es parte de la tarea: aproximación al tema y sus lindes, al tema y sus destinatarios, ya que el proyecto se propone “no perder lectores por el camino”. Escritura del yo –y del nosotros– que refracta el panorama nuboso del mundo. *Acercamientos literarios* es el subtítulo inductor de lectura: advierte cuál ha sido la estrategia de abordaje al estado de cuestión: procurar restablecer contactos en la red de interdependencias simbólicas, actualizar cercanías, restaurar pertenencias, rescatarse en el humus de la literatura. Acercar/se y “cercare” (buscar) provienen de la raíz del tardo latín “circare”: andar en torno/ alrededor. Seguramente porque los daños contra la naturaleza proceden de un alejamiento preliminar consentido y su consecuencia: la cultura de la ignorancia, la cultura de la indiferencia.

Hay actividades catastróficas nacidas de la buena voluntad combinada con la improvisación, por no hablar del orgullo, que pierde de vista las limitaciones humanas y se iguala a los dioses. Para los griegos, aquellos la castigaban como *hybris*. El pensamiento científico del s XX lo olvidó; al intervenir para enmendar presuntos errores de la naturaleza, cometió errores fatales. (280)4



Estos “acercamientos” son “búsqueda” y hallazgo en el orden literario sí, pero siguiendo, fiel, el patrón natural de comportamiento de la criatura humana.

Un niño extrae a la larga más y mejores modos de diversión de una lupa que de un triciclo. De su atención detenida, de su naciente curiosidad nacen muchas cosas: para empezar, su propia intimidad. Yo diría que en ella renace la civilización. (20)

Así también procedió la autora, haciendo pie en la custodia y preservación de mirada original:

Voy hacia mi límite sin modificar el hábito infantil de asombro ante el mundo. [...] Su riqueza posibilita *una extensión del alma*<sup>5</sup> que hoy pocas cosas ofrecen. [...] La curiosidad une partes desvinculadas del mundo [...] ayuda [al ser humano] a ser un recreador de aquel, a refrendar su porqué, y a preguntarse su propio para qué. (15)

La escritura indaga, busca. A la recíproca, la lectura acompaña: agencia una disposición similar. Si hablamos de acercamientos: lo son todas las páginas. Un diálogo bienhechor se construye pasándolas, repasándolas, escribiendo con lápiz en sus márgenes. Aquí se cumple aquello que para Real de Azúa era el “puerto final del postulado ensayístico: la persuasión”. Pero De plantas y animales por añadidura suma en ocasiones el efecto –vuelvo a citar a Real– de “identificación mágica” que logra la poesía. Como la descripción de la cola de la ardilla mientras come de la mano, en el campus de la Universidad de Austin.

Las más audaces se empinaban junto al bolso para mirar dentro, estremecidas de susto y de impaciencia. Si la oferta era muy tentadora y se la brindaba con la mano, se apoyaban en ella La cola prolongaba

la trepidación de todo el cuerpecito, por cada pelo matizado. Esponjosa, alborotada por el más mínimo aire, espera, replegada, sobre el lomo, casi un quitasol, mientras la ardilla come. Cuando corre, la cola ondula y la ardilla es la ola de la que el césped carece. Ahora que han mermado el césped ha vuelto a ser la quieta planicie sometida, y cuando una sobreviviente corre, ya sola, no me recuerda al mar. (138)

O también:

Mientras miraba con compasión [una mata sin nombre], preguntándome qué hacía en el mundo, una mariposa pequeña, de un amarillo pálido casi blanco, llegó hasta allí a revolotear minuciosa. Hacían juego: mínimas flores, mínima mariposa, del mismo tenue color. Pero enorme, inabarcable, el plan que las reúne. (246)

En el apartado “Colibríes”, un poema-exorcismo –coda de un breve relato autobiográfico– sublima la pérdida de la oportunidad nunca ofrecida.

Si hubiera sabido que no iba a dañarlo, podría contar en este momento lo que se siente darle de comer o de beber en la mano a un colibrí y no habría tenido que escribir un pequeño poema que responde a la no olvidada frustración de un deseo guardado desde la infancia:

La resolana que vibra,  
un breve sol en el seto,  
un ts ts que al aire libra  
su peligroso secreto  
y ya la flor disminuye  
ante el prodigio de pluma  
que surge y deslumbra y huye  
y sólo alcanzo por suma  
terca de años, en que presa  
del hechizo, sigo en vano

la milagrosa destreza  
que lo suspenda en mi mano  
y entonces por un segundo  
sentir cómo late el mundo. (182-3)

La infancia es factor decisivo. Para empezar hay una genealogía familiar que la hace legataria del nombre, cuarto, libros de la tía Ida –de vocación botánica–. El legado de esa tía Ida, ida tempranamente, conecta con una línea de [v]ida que arraiga en la vitalidad que, además, el apellido ostenta o proclama (un asunto fértil para lacanianos). “Leí y releí sus Fabre<sup>6</sup>”, escribe. Como para Cortázar, para Sartre (los que me vienen a la memoria) la matriz de su temática –el mundo de la vida– y su tecnología –el mundo literario– puede rastrearse en los reductos de la infancia lectora.

Ahora bien, una cosa es lo que se propone la voz autoral, otra el resultado. Se propone no perder lectores por el camino de buenas intenciones empedrado por las páginas. Pero logra dar extensión al alma propia y ajena. El archivo hiperculto de Ida generosamente abierto es pedagógico: reúne a cada paso el dato científico y el correlato literario. Resulta pedagógico también porque evita escrupulosamente la cita previsible, el lugar común. (No me encontré con el monstruoso insecto kafkiano; ni con Moby Dick cuando lo presumía; ni con Tobermory; ni con el Sasi de Monteiro Lobato; ni con el álamo carolina de Haroldo Conti; ni con la cebolla de las entrañables Nanas; ni con los versos de Antonio Machado en el apartado “Moscas”. En cambio reuní imprevistas informaciones, tuve noticia de otras fuen-

tes cuyos datos debí explorar y ampliar.) El texto insta a buscar acercamientos por cuenta propia, convirtiéndonos en lectores cuentapropistas, puestos a recorrer en torno al dato las posibles dimensiones del campo y lo que no se sabe. (Curiosidades del mundo: la ballena desciende de mamíferos terrestres; el elefante pertenece a la familia de los sirénidos, como el manatí. Estos giros copernicanos del saber ordinario traen reminiscencias del efecto Carl Sagan –o Jacques Cousteau, o Isaac Asimov– aunque ellos no estén citados. Y acercan mundos entornales al tematizado universo de la vida: en este caso los concernientes a aquellos predicadores de la armonía del cosmos.) Yo le decía a mi compañero: “esto no es un texto, es un hipertexto. No se puede leer de corrido ni en un solo sentido, obliga a detenerse, a andar ampliando, averiguando, confirmando.” Pero sobre todo a andar, como las ardillas, a la espera de las finas posibilidades que se agencia la literatura, a cada rato.

Alerta a los muchos planos de acercamiento que el texto propone, entré en comunión con una época ida, revivida en ésta; en el ámbito espiritual de antiguos profesores: José Pedro Díaz, Carlos Real de Azúa; inmersa en un encuentro/reencuentro con una atmósfera cultural que profesó la escritura, la severidad de la tarea y del juicio y, a la cual, la voz de Ida sin proponérselo, actualiza con gracia, elegancia, humor, ironía; atenta a un asunto urgentemente contemporáneo. Aquella “comunidad de conciencia adversativa” –como caracterizó Ángel Rama– a la Generación crítica<sup>7</sup> se actualiza y une, con Ida Vitale –por coincidencia espacio tempo-



ral— a la voz de Ángela Davis en el cierre de su reciente conferencia magistral en el teatro Solís. En palabras de la norteamericana: “debemos detener la catastrófica violencia que ejercemos sobre los animales [y el planeta]”.

Dado que en el apartado “Urracas”<sup>8</sup> la autora asocia su mundo *real* a su mundo *cultural*, dado que el dispositivo simbólico —este libro— que nos acerca hoy aquí es acodo, injerto, de uno en otro, me gustaría decir algo sobre *brotos* imaginarios que esta hibridación propició en mi lectura.

Para mí su libro significó —glosando otro título de Vitale— la adquisición de un nuevo “léxico de afinidades”. Fui encontrando piezas de un archivo infantil compartido: *El maravilloso viaje de Nils Holgersson a través de Suecia*<sup>9</sup>, *Mowgli*, *el niño de la selva*, *Tres hombres en un bote*, *La isla del tesoro*. (Michel de Montaigne, citado con frecuencia en sus páginas, es también cercanía, garantía de acogimiento, presencia bienvenida.)

#### Notas

1. Estuario Editora, Montevideo, 2019 (334 pp.). [2003]
2. Versión del texto leído en la presentación de la obra

en el auditorio del MNAV (09.04.19).

3. Rocca, Pablo. *Un proyecto latinoamericano. Antonio Candido & Ángel Rama, correspondencia*. Estuario Editora, Montevideo, 2016 (16).
4. Por eso al inicio plantea el dilema “paraíso/infierno”, a efectos de anticipar su propósito: poner la upa en el “paraíso desatendido y minado” en que se ha convertido el planeta.
5. El subrayado es mío.
6. “H. J. Fabre, al margen de la academia y sin auxilios materiales, dedicó su vida al estudio de los insectos y sus costumbres [...] en el siglo XIX”. (21)
7. Rama, Ángel. *La generación crítica 1939-1969*. Arca, Montevideo. 1972.
8. “En mi mundo real volaban colibríes, horneros, teruterus, calandrias [...]. Conocí las urracas, como tantas otras aves [...] en los libros, en imágenes, en grabaciones; fueron parte de mi mundo cultural.” (209)
9. En 1997 ya había dado yo noticias de mi devoción por aquellas páginas de Selma Lagerlöf, por aquel remoto viaje a espaldas del pato blanco (“Apuntes para una narrativa docente” fue publicado en la revista do Instituto Estadual do Livro *Continente Sul/Sur*, POA: 31-35). “A ese amor quedé adscrita”, escribe Ida Vitale, tal como si leyera/escribiera mi pensamiento.